

El lado oscuro de la luna: psicoanálisis e inteligencia artificial

Enrique Hernández García Rebollo*

*A diferencia de cualquier otro objeto empírico en la naturaleza,
la mente es inmediatamente evidente para sí misma, pero es
opaca para todos los observadores externos.*

Makari, *Revolución en mente*

Resumen

Se realiza una reflexión acerca de algunos de los significados que se les atribuyen a las inteligencias artificiales, entidades tecnológicas generadas gracias a la convergencia de una serie de factores que las posibilitaron: un régimen económico en particular, el capitalismo de plataformas (Srnicek, 2018); los últimos avances de la ciencia de datos (como el Machine Learning y el Deep Learning), y el surgimiento de una ideología y un orden social tecnoliberal contemporáneos (Sadin, 2018), entre otros factores. Asimismo, se desarrolla un breve preámbulo histórico sobre los logros técnicos en este tipo de tecnologías digitales. Más que meras atribuciones en un sentido cognitivista, a dichas tecnologías se les proyectan atributos tales como la perfección, la pureza y la excelencia. Se usa la metáfora de las *armas de destrucción matemática*, propuesta por la científica de datos y periodista estadounidense Cathy O’Neil (2016) en su libro homónimo, para problematizar varias de las cualidades de estas tecnologías digitales. Finalmente, se reflexiona acerca de la potencia del discurso psicoanalítico.

* Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco. Departamento de Educación y Comunicación. Licenciatura en Psicología. Correo electrónico: [ehernang@correo.xoc.uam.mx] / ORCID: [0009-0006-4318-4139]

co para poder analizar con más profundidad este entorno digital, ya que considera dentro de sus reflexiones teóricas un “objeto” difícil de comprender: las emociones del ser humano. Para iniciar esta problematización, se trae a colación un fenómeno histórico relacionado con la música sacra, denominado “voz blanca”, por las resonancias que posee acerca de significantes como pureza y perfección, así como una aberrante práctica que trajo consigo: los *castrati*.

Palabras clave: inteligencia artificial, psicoanálisis, emociones, algoritmos, tecnologías digitales.

Abstract

This text offers a reflection on some of the meanings attributed to artificial intelligences, which are technological entities created by the convergence of a series of enabling factors: a particular economic regime, specifically platform capitalism (Srnicek, 2018); the latest advances in data science (such as Machine Learning and Deep Learning); and the rise of a contemporary technoliberal ideology and social order (Sadin, 2018), among other factors. Beyond mere cognitive attributions, this type of technology is imbued with attributes such as perfection, purity, and excellence. The metaphor of Weapons of Math Destruction, proposed by American data scientist and journalist Cathy O’Neil (2016) in her book of the same name, is used to question several of the qualities attributed to these digital technologies. Finally, there is a reflection on the potential of psychoanalytic discourse to analyze this digital environment more deeply, as it considers within its theoretical framework an element difficult to comprehend: human emotions. To begin this inquiry, a historical phenomenon related to sacred music, known as the White voice, is brought up for its resonances with concepts such as purity and perfection, as well as an aberrant practice associated with it: the *castrati*.

Keywords: artificial intelligence, psychoanalysis, emotions, algorithms, digital technologies.

La voz blanc@ digit@l: ¿una mente sin *vibrato*?

A la voz de los niños entre 7 y 10 años de edad aproximadamente, que oscila entre los 400 Hz y los 1000 Hz, se le conoce como “voz blanca”. Esta expresión se usa particularmente en la música de cámara, en específico en la música sacra. En este ámbito, la voz blanca consiste en un conjunto de técnicas importantes para mantener y pulir este tipo de voz infantil, sin *vibrato* a causa de la inmadurez propia de los aparatos fónicos en esa etapa. Un dato interesante respecto de la morfología del aparato fónico de los niños es que existen diferencias significativas entre los niños y las niñas, en un sentido físico. En los niños, la laringe crece más y con mayor rapidez alrededor de los doce años, algunas veces incluso con signos externos evidentes, como la popularmente denominada “manzana de Adán”, que es la protuberancia que en algunos varones de esa edad se acentúa poderosamente.¹

Las voces blancas son voces agudas, sin graves significativos (el *vibrato*), debido precisamente a la ausencia de conceptos como fuerza, emocionalidad y color, más propias de los cantantes adultos, considerados impuros precisamente por la madurez de sus aparatos fónicos. Se considera y se experimenta a la voz blanca como una entidad acústica que transmite pureza espiritual a causa de las características mencionadas. Este fenómeno tuvo su auge en la Edad Media y en el Renacimiento, en expresiones asociadas con la música sacra como los son los cantos corales y los cantos gregorianos. En la actualidad, son famosos tanto el Coro de Niños de Viena como el Coro de Niños de la Abadía de Westminster, en Londres, lugares en los que todavía se educa a los niños en esta técnica musical con resultados sobresalientes. Finalmente, es interesante resaltar que a partir del fenómeno de

¹ A la “manzana de Adán” se le conoce así por el mito bíblico de la manzana del jardín del Edén. Esta creencia popular proviene de un mito sacro: se decía que a Adán se le atragantó la fruta prohibida en la garganta, dejando esta prominencia anatómica en su garganta. En términos científicos, esta protuberancia, que se acentúa más en algunos hombres y rara vez en mujeres, es un cartílago situado arriba de la glándula tiroides, cuya función principal es proteger las cuerdas vocales y la parte frontal de la laringe.

la voz blanca, se extendió en Europa una práctica quirúrgica que hoy se considera monstruosa: la de los *castrati*. Dicha práctica consistía en castrar a los niños que sobresalían en esta técnica musical sacra, profundamente vinculada con comunidades e instituciones religiosas importantes, con el objetivo de preservar las cualidades consideradas perfectas de esa voz. Fue hasta 1903 cuando el Papa Pío X proscribió esta práctica en el Vaticano, la cual hoy en día es percibida como un acto aberrante a todas luces.

La búsqueda y la alta valoración de la pureza de un fenómeno acústico como la voz blanca encuentra resonancias hoy en la conceptualización sociocultural de otros dispositivos que no se vinculan con instituciones religiosas de forma directa, pero que sí tienen mucha potencia simbólica por encarnar los valores de una sociedad que consolida el tránsito de un conjunto de modos de producción industrial, con sus metálicos ruidos característicos, a otros más silenciosos, con cualidades digitales: objetividad, eficiencia, precisión, rapidez e inclusiva perfección. Este tránsito es descrito de forma bastante atractiva en un ensayo ya clásico del sociólogo polaco Zygmunt Bauman: *Modernidad líquida* (1999). De hecho, la misma metáfora fue explotada por el mismo autor en varios títulos, como *Amor líquido* (2005), *Tiempos líquidos* (2007) y varios más. El adjetivo incluso tuvo la virtud de cristalizarse en algunas expresiones de gente joven, como un signo epocal de sus propias existencias: la fluida ontología de lo líquido. Frases como “tú sólo fluye”, “suelta todo” y otras por el estilo son todavía frecuentes en redes sociales como Instagram. Todo esto se inscribe en procesos sociohistóricos de más densidad, vinculados con otros fenómenos como la mercantilización de los espacios habitables (la gentrificación contemporánea), la precariedad laboral y las mutaciones del capitalismo contemporáneo (Srnicek, 2018; Zuboff, 2020). Otros libros emblemáticos en este breve preámbulo histórico son *Todo lo sólido se desvanece en el aire* (2011), del sociólogo neoyorquino Marshall Berman; *La condición de la postmodernidad: investigación sobre los orígenes del cambio cultural* (2008), del geógrafo con orientación marxista David Harvey, y *La condición posmoderna: informe sobre el saber* (1987), del filósofo François Lyotard, entre otros.

Hoy en día, la inteligencia artificial (IA) suele ser presentada como pura, eficaz y objetiva. Las máquinas propias de la revolución industrial estaban diseñadas para el procesamiento de insumos materiales en lo general. Estas máquinas digitales procesan entidades hasta cierto punto etéreas. Sin el *vibrato* propio de las dinámicas del modo de producción industrial, dado que estas tecnologías digitales procesan insumos intangibles, como ideas, pensamientos, símbolos y, en general, todo tipo de información, se suelen presentar como la máquina perfecta para el tipo de capitalismo de plataformas digitales contemporáneo (Srnicek, 2018). No son sólo herramientas, como se les suele denominar en espacios gerenciales, sino máquinas. En este sentido, sirve traer a colación una de las distinciones más parsimoniosas al respecto, realizada por Lewis Mumford en otro libro sobresaliente en este universo temático: *Técnica y civilización* (1992 [1934]). A grandes rasgos, Mumford plantea que la herramienta tiene un carácter más orgánico con el cuerpo humano, del cual se alimenta en términos de energía y en donde éste, el cuerpo, define el ritmo de uso de la herramienta. La herramienta se presta, además, a la creatividad por las características anteriores. En contraste, la máquina es un sistema complejo, que tiende a la automatización y se alimenta de otro tipo de energías (es decir, no del cuerpo humano directamente); por ello, engendra cadenas de acciones que tienden a deshumanizar el proceso del trabajo. La herramienta está al servicio del ser humano, armoniza con sus ritmos biológicos y se presta a la creatividad; aunque la máquina, en principio, también debería estar a disposición de los deseos del ser humano, la tendencia a la automatización que conlleva obliga a que, con el paso del tiempo, el humano tenga que adaptarse a las cadenas de acción que la máquina libera en sus imprevisibles devenires. Cuando uno piensa que, dentro de diez años, la edición príncipe del texto de Mumford cumplirá un centenario, es inevitable que surjan varias preguntas críticas.

En los últimos meses –sobre todo desde noviembre de 2022, cuando se lanzó la versión comercial y gratuita de ChatGPT al público en general–, se ha asistido a la proliferación de un sinfín de discusiones respecto de las innumerables bonanzas de este tipo de tecnologías

digitales. El espíritu epistemológico del positivismo ha resurgido con más fuerza que nunca con este tipo de herramientas y una serie de disciplinas aledañas que se presentan como “científicas” en un sentido totalitario, ya que suelen presentar sus hallazgos como prácticamente inapelables. *Big data*, Machine Learning, neurociencias y neuromarketing forman parte de un conglomerado de disciplinas que alimentan, perfeccionan y se vinculan de maneras cada vez más orgánicas con el tipo de procesamiento de datos tan singular de las IA. Una máquina de IA generativa, como ChatGPT, quiere ser presentada y algunas veces es percibida como una especie de voz blanca en una dimensión cognitiva: sin el *vibrato* propio que caracteriza y otorga dinamismo a las emociones que rigen por autonomía a esa entidad propiamente humana tan peculiar: la mente. Al respecto, es preciso mencionar que no sólo la “mente” está en cuestionamiento y problematización, sino también una serie de hechos socioculturales e históricos que atañen a una conceptualización, como los procesos de subjetivación. De cualquier forma, sin la pasión, el error, la imperfección y la imprevisibilidad que, de manera inevitable, se inmiscuyen en los actos de las “mentes” de seres deseantes, como los humanos, supuestamente este tipo de tecnologías digitales estarían siendo entrenadas para ser más perfectas, veloces, potentes y puras. Supuestamente...

Una idea que se despliega en las siguientes páginas es que, bajo el manto de una ideología hipercientífica y la consolidación de un orden social tecnoliberal (Sadin, 2018), así como de los claros intereses del mercado capitalista contemporáneo (Srnicek, 2018; Zuboff, 2021), se está configurando un panorama en donde se le atribuyen a tecnologías digitales como la IA significaciones como la perfección y la pureza. En un sistema social en donde cualidades como la rapidez, la potencia y la objetividad total son valoradas como elementos indispensables para el trabajo y para la generación de esquemas de negocio y la ganancia de dinero, una “herramienta” como la IA puede ser percibida como un elemento perfecto. Aunado a esto, encontramos expresiones ideológicas en las que el ser humano queda como una entidad significativamente defectuosa, porque se cansa,

tiene errores y, sobre todo, porque estaría “contaminada” por su propia subjetividad.

La ideología positivista subyacente aquí es clara: parte de la premisa de que la objetividad pura no sólo es deseable, sino posible. Pensar en la aplicación de un tipo de tecnología así –perfecta y pura, sin errores, sin sesgos, es decir sin el *vibrato* propio de la subjetividad– a diversas esferas de la vida de los seres humanos, como el derecho, la salud y la educación, por sólo mencionar algunas, ha desatado todo tipo de furores mercantilistas, así como de múltiples preocupaciones e incluso de temores irracionales. En este contexto, es común encontrar notas periodísticas de todo tipo en donde se habla de las IA como una especie de panacea infalible para todo tipo de actividades y problemas humanos. Por ejemplo: “La IA superará al humano más inteligente a más tardar en 2026: Musk.” (Forbes, 2024); “La IA vuelve a vencer a lo grande a la inteligencia humana: piensa más y mejor que un ser humano” (García, 2023); “La IA ya es mejor que los humanos en prácticamente todo. Es sólo el principio” (Illán, 2024). He aquí sólo tres ejemplos entre la extraordinaria maraña digital de notas y ligas que brotan al realizar búsquedas en Google.

Para una mirada psicoanalítica clásica, es inevitable no pensar en la metáfora freudiana casi paradigmática cuando se plantean escenarios sociohistóricos utópicos y perfectos: el porvenir de una ilusión. En síntesis, la idealización que se les atribuye a este tipo de tecnologías raya en lo infantil. Aquí resulta interesante pensar que tanto del lado de los empresarios detrás de este tipo de tecnologías, como del lado de los consumidores, suelen confluir este tipo de actitudes cognitivas y emocionales infantiles. En *El porvenir de una ilusión*, Freud (1997 [1927]) analizaba el papel de la religión como una especie de protección ante las amenazas que de forma constante enfrenta el ser humano: incertidumbre, desvalidez y muerte, entre otras. Como infantes desprotegidos y vulnerables, los seres humanos creyentes le otorgarían cualidades de perfección e infalibilidad a Dios, proyección de un padre protector que, de alguna manera, siempre arreglaría todos los problemas. En ese libro también Freud profetizaba –en un tono comtiano, por cierto– que la ciencia suplantaría a la religión de forma

definitiva, apelando por la razón como herramienta de solución más eficaz ante los diversos padecimientos de la humanidad.

Es interesante pensar que uno de los escenarios contemporáneos más prometedores en el campo de la IA –al menos desde una perspectiva de éxito como esquema de negocio– conjunta de manera sinérgica ciencia y religión. Empresas de IA como HereAfter, Story-File, Replika, y otras más, ya ofrecen servicios de “archivado de conciencia” e “inmortalidad digital”, que hipotéticamente permitirían preservar la conciencia de los seres queridos muertos y lograr así la inmortalidad digital. Si bien algunas veces se reconoce que son simuladores de conciencia y aspectos de la personalidad, lo cierto es que se trabaja en la construcción de un consenso social que acepte este tipo de ideas como verdaderas.

Una vez más, pensar este tipo de fenómenos desde un esquema meramente racional –o peor aún, racionalista– no resulta muy enriquecedor. Algunas personas dirán: “éas son puras tonterías”; otras, en cambio, sí creerán e incluso se ilusionarán ante ello. Más aún, ya existen personas que pagan por estos servicios. Precisamente, temas como la religión o la existencia de Dios se prestan a la extraordinaria plasticidad que caracteriza a los universos semánticos humanos. Además, con la aparición pública de las IA generativas como el ChatGPT, este tipo de ideas y su flexibilidad comienzan a mezclarse más y más, trayendo consigo un escenario que, además de la saturación cognitiva y emocional que implica, empieza a delinear futuros cercanos en donde se les otorga facultades *aletheicas* a estas tecnologías.

De acuerdo con Sadin (2020), una facultad *aletheica* consistiría en el fenómeno que se empieza a producir con el uso intensivo de las IA, en el sentido de creer que estas máquinas no sólo nos brindan información, sino que generan verdades inclusive más valiosas que las que emanan de personas, precisamente por no padecer el *vibrato* de las pasiones humanas: se les atribuye así una especie de voz blanca digital. Una aproximación psicoanalítica permite una elucidación que incluya el papel que las emociones fungen aquí. Evidentemente, una figura psicoanalítica central en un panorama así es la negación. Respecto de las IA que ofrecen conversar con los seres queridos fa-

llecidos, se puede interpretar como una forma de negación, una de las reacciones más comunes del ser humano. Por ejemplo, una de las expresiones más frecuentes ante la noticia inesperada de la muerte de un ser querido es: “no es cierto, eso no puede ser”. Las manifestaciones de la negación difieren entre personas según diversos criterios clínicos, pero lo importante a destacar es que también en términos socioculturales la negación hace acto de presencia en las sociedades de distintas maneras formas. Desde una perspectiva antropológica, resulta evidente que hoy en día existe una especie de negación epocal ante varios fenómenos contemporáneos: las implicaciones de las tecnologías digitales, el calentamiento global y la precariedad laboral, entre otros.

Si bien han surgido voces críticas dentro de la comunidad de ingenieros y diseñadores de estas tecnologías digitales, que cuestionan estas afirmaciones tan tajantes sobre las perfecciones de las IA –cuyo objetivo principal a veces es imponer una narrativa triunfal para posicionar sus productos y servicios–, lo que predomina en varios espacios es un discurso en el cual se le suele atribuir a las IA una perfección y una pureza dignas de una divinidad. Precisamente, una IA como el ChatGPT y otras similares, pueden ser pensadas como una voz blanca en el sentido de las cualidades que se le proyectan, más que las que se le atribuyen: objetividad total, perfección, pureza. Ante esto, es importante decir que existe una diferencia radical entre la atribución en un sentido cognitivista y una proyección en una perspectiva psicoanalítica. Si la primera conceptualiza este tipo de fenómenos desde una esfera meramente racional; la segunda subraya el fuerte elemento emocional mediante el cual se acentúan este tipo de fenómenos psicodinámicos: la ilusión en clave freudiana. Por poner un ejemplo, un fenómeno como la necesidad no sólo puede responder a la carencia de una configuración adecuada en la manera de realizar un análisis desde un enfoque cognitivo, sino que, al estar cargada de emocionalidad e historia de vida, la necesidad suele ser reacia al cambio de perspectiva. En el caso de la forma en que se puede experimentar la pureza y la perfección de una tecnología como la IA, no sólo se trata de la construcción de una narrativa sesgada, sino

también del vínculo emocional que se genera entre estas ideas y las personas que se conectan con ellas. Son fenómenos en los que el narcisismo es un factor importante.

En general, el narcisismo consiste en una serie de impulsos y representaciones entrelazadas, de carácter inconsciente, enraizadas en la aspiración humana hacia la perfección y la completud. Desde una lectura psicoanalítica, se puede pensar aquí en dos instancias fundamentales del yo relacionadas con el narcisismo: el ideal del yo y el yo ideal. Literalmente fundamentales, ya que se ubican en los cimientos del yo, estas instancias definen en gran medida lo que las personas suelen experimentar como “autoestima”, “proyectos de vida”, “valores morales” y otras nomenclaturas que se caracterizan por estar supeditadas a los deseos y aspiraciones englobados bajo las dinámicas o, mejor dicho, las psicodinámicas propias de lo inconsciente. En el contexto sociocultural contemporáneo, una “herramienta” como la IA es un objeto susceptible de encarnar cualidades más relacionadas con el yo ideal que con el ideal del yo: la búsqueda de perfección e inclusive de pureza. Más aún, cuando se plantea como una “herramienta” creada por seres humanos con aspiraciones de perfección total, es un objeto susceptible de fungir como continente receptor de múltiples proyecciones narcisistas.

Las personalidades detrás de la creación de este tipo de tecnologías, que están hoy en día enmarcadas en grandes corporativos tecnológicos, suelen poseer rasgos narcisistas sobresalientes. Si bien el objetivo principal de este trabajo no es realizar un análisis clínico de dichas personalidades, el además representaría un ejercicio de “análisis silvestre” (Freud, 1997 [2010]), sí es interesante poner un par de ejemplos ilustrativos: Elon Musk y Max More. Respecto del primero, él mismo se ha autopresentado en ocasiones como una persona con pensamiento neurodivergente; otras, ha mencionado que fue un niño Asperger. En un momento más reciente, se definió como un ser extraterrestre (El Cronista, 2024). Respecto del segundo, aún más radicalizado e incluso predecesor intelectual e histórico de Musk, es líder de un colectivo de extropianos primero y transhumanistas después. En su ensayo *Carta a la Naturaleza* (citado en O’Connell,

2019), que es una especie de manifiesto de este tipo de movimientos, le reclama a la Naturaleza aspectos como el envejecimiento y la enfermedad del cuerpo, y propone ideas como el ejercicio de una rebeldía ante la Naturaleza; además de esto, su propuesta consistiría en realizar un acto de autodeterminación tecnológica que permita superar las limitaciones que la Naturaleza le ha impuesto al género humano.

En el manifiesto y en la ideología transhumanista en general, aparece claramente una idea: la Naturaleza es perecedera y defecuosa; la tecnología es perfecta y pura. More también es el fundador de la Alcor Life Extension Foundation, en 1972. Uno de sus principales servicios es la criogenización de cadáveres, sometiéndolos a procesos de enfriamiento en depósitos con nitrógeno líquido, a temperaturas de -196°C . Es una empresa y una fundación que no sólo sigue en funcionamiento, sino que con los últimos avances de la IA está adquiriendo más fuerza. El deseo es que, en el futuro, mediante el imbatible avance de la ciencia y la tecnología, se podrán revivir esos cadáveres de alguna u otra forma. Un personaje más en esta controvertida constelación de seres humanos es Ray Kurzweil, ingeniero, inventor y directivo de Google, quien ha popularizado su concepto de *singularidad*. A grandes rasgos, el momento de la singularidad se produciría cuando la convergencia tecnológica entre IA, biotecnología y otras tecnologías en general logren la superación de la inteligencia humana en todos los ámbitos de manera sinérgica. Con esto, se daría una progresión tecnológica exponencial, la eliminación de la muerte y un momento de imprevisibilidad histórica (Kurzweil, 2021).

Estas ideas extravagantes caracterizan a varias de las personas que en la actualidad realizan proyectos relacionados con la IA y temas aledaños. Suenan claramente a utopías tecnológicas. Una diferencia elemental que se suele pasar por alto en estas problemáticas es que la mente no es equiparable ni reductible al cerebro. No obstante, este tipo de personas, que hacen converger en sus personalidades las figuras del científico genial y del empresario innovador, están cambiando el funcionamiento de la sociedad en distintas dimensiones. Por otro

lado, una conciencia histórica mínima y una lectura psicoanalítica elemental pueden mostrar otras facetas: las utopías suelen ser meras ilusiones en el sentido freudiano. De hecho, una de las cualidades de este tipo de ilusiones, desde una perspectiva política, es que ya implementadas mediante el *vibrato* propio de la mente humana, asentada en seres biológicos, orgánicos, políticos y deseantes como el ser humano, suelen salir bastante mal.

Además del factor narcisista implícito en estos fenómenos de carácter antropológico –tanto en quienes diseñan y venden estas tecnologías, como en quienes las consumen–, en donde la proyección es una figura conceptual más enriquecedora que la mera atribución cognitiva, desde una lectura lacaniana se aprecia que el grado de perfección explícita en este tipo de proyectos está anclado más en el registro de lo imaginario, que en el de lo simbólico. Regido por lógicas narcisistas primitivas, lo imaginario se caracteriza por poseer grados de proyección más pronunciados que aquellos que se producen en el registro de lo simbólico. En este último sentido, los procesos cognitivos y emocionales que caracterizan al registro de lo simbólico suelen poseer un enfoque más sensato.

De cualquier forma, siempre hay que atender otros factores con cualidades psicodinámicas; por ejemplo, la historia detallada de la vida íntima de una persona y sus formas de vinculación sexoafectiva, el tipo de transferencia tan singular e irrepetible de cada sujeto, las diversas formas en que expresa (o no) sus emociones, entre otros factores, para poder orientarse en este tipo de ideas. Un acercamiento caso por caso, característico del pensamiento clínico fino, es el que permite ir tamizando más y más a través del tiempo las hipótesis que se dan al inicio en un proceso psicoterapéutico serio.

Desde la esfera sociocultural, hoy en día la distopía es uno de los géneros con más auge en plataformas como Netflix y en producciones audiovisuales en general. El teórico social y crítico musical británico Mark Fisher (2016) denomina “realismo capitalista” al sistema social contemporáneo, en el sentido de que la percepción de la realidad misma –propone él– está inoculada de elementos capitalistas hasta la médula de las sociedades contemporáneas. Para su

propia problematización en este sentido, Fisher retoma una idea popularizada y atribuida tanto a Jameson como a Žižek: “es más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo” (Fisher, 2016). En determinados discursos, palabras como tecnología, capitalismo, perfección y pureza son significantes que habitan de forma constante los universos de cierto tipo de producciones audiovisuales, que casi siempre acaban en futuros catastróficos. Un caso paradigmático en este sentido es la legendaria serie británica *Black Mirror*. Algo llamativo es que en la mayoría de estas historias, donde la tecnología ha avanzado de formas sofisticadas, los personajes suelen carecer de profundidad psicológica, reaccionar de maneras estereotipadas y, en general, sus diálogos son reiterativos: escenarios maniqueos, música épica y ritmos trepidantes. Esto respecto del así llamado “mainstream” audiovisual (Martel, 2011).

No es el caso de *Black Mirror*, que es una producción sobresaliente desde diferentes perspectivas: ética, estética y política. De cualquier forma, junto a estos gustos mayoritarios en los hábitos de consumo cultural de una parte de la ciudadanía, caracterizada por participar cada vez más en dinámicas propias de los consumidores (García, 2012), surgen colectivos que se organizan en movimientos políticos de todo tipo. En este escenario, aparecen más movimientos religiosos en los que el significante de la pureza es una mezcla que combina una espiritualidad High Tech y una estética New Age. Uno de ellos, con características sugerentes, son los transhumanistas cristianos (O’Connell, 2019). Entre sus ideas principales destaca, hacia el año 2030, gracias a la convergencia de varias tecnologías, se producirá el momento de la singularidad (Kurzweil, 2021). Con ello, se abrirían posibilidades tecnológicas reales para lograr la inmortalidad de la pureza del alma humana, tan limitada por el defectuoso cuerpo orgánico.

Es el resurgimiento y, de acuerdo con esta singular lectura –de transhumanistas, posthumanistas, extropianos y otros grupos de personas similares–, la resolución de un problema filosófico de antaño: el cuerpo es la cárcel del alma. Se está configurando ante nuestros ojos, o más bien adentro de nuestras pantallas digitales (las “Black

Mirrors”), un mundo en el que la pureza de las tecnologías digitales, como la IA, podrían liberarnos de la imperfecta y putrefacta materia orgánica que caracteriza a todo ser biológico, como lo es todavía el ser humano. Los cantos de las sirenas digitales parecen poseer, para varios colectivos de personas contemporáneas, la blancura y la pureza de una voz que se autopresenta como perfecta, inmaterial e inmortal. ¿Una ilusión más en la historia de la humanidad o un decisivo paso para su autoeliminación?

Numerología digital: los lenguajes del silencio

Al igual que sucede con muchas otras ideas matemáticas, en especial las más profundamente bellas y fundamentales, la idea de computabilidad parece tener una especie de realidad platónica autónoma.

Penrose, *La nueva mente del emperador*

Varias veces se ha dicho de las matemáticas que, a diferencia de la física, tienen una existencia independiente de la realidad. Desde filósofos clásicos como Platón, para quien tanto las matemáticas como las ideas tenían una existencia eterna y pura, más allá de la realidad empírica y contingente, es decir, metafísica, hasta científicos más contemporáneos como Roger Penrose o lógicos-matemáticos como Frege y Gödel, esta idea siempre ha palpitado en los debates filosóficos concernientes a múltiples problemáticas tanto de la física como de la vida en general.

Un ejemplo ilustrativo de estas controversias es la comprobación del bosón de Higgs o partícula de Higgs, postulado y desarrollado teóricamente, en términos matemáticos, por el físico Peter Higgs y otros científicos en la década de 1960. Décadas después, en 2012, gracias a la existencia del colisionador de hadrones (LHC) en Ginebra, Suiza, se comprobó “parcialmente” la existencia de dicha partícula, relacionada con el Modelo Estándar de Partículas, que consiste en realidad en un conglomerado de teorías que fundamentan varios postulados teóricos similares dentro del campo de la física.

Es pertinente decir aquí que la complejidad del tema rebasa al promedio de personas que no alcanzamos a comprender con plena exactitud el porqué del adverbio “parcialmente”, en la frase “parcialmente comprobado”. Ahora bien, desde una esfera mediática rápidamente se le denominó de maneras mucho más atractivas y comprensibles. Por ejemplo: “se comprueba la existencia de la partícula de Dios.” Es interesante resaltar este tipo de fenómenos desde todos sus ángulos, ya que se asemejan en demasía a problemáticas que se abordan en estas líneas. Para enfatizar esta idea de forma sintética, aunque poco exacta a todas luces: hay un salto cuántico cuando se habla de la IA en medios como las redes sociales a la forma en que realmente funcionan. El punto no es menor ni debería considerarse una obviedad, pues enmascara procesos más complejos y de mayor calado.

Los vínculos entre matemáticas y sus aplicaciones tecnológicas encuentran en las necesidades de los diversos sistemas sociales literalmente una razón de ser. Son su sustancia epistémica, ética y ontológica, por decirlo de un modo breve. Desde el nacimiento de IBM (International Business Machines Corporation) en 1911, hasta que fue suplantada en el mercado por la flamante Apple –que si bien nació en 1974, fue en 1984 cuando se consolidó con el lanzamiento de su famosa Macintosh–, las necesidades de la sociedad en la que estas tecnologías emergen dictan en gran medida su desarrollo y posterior evolución.

En este sentido, el censo poblacional de 1890 en Estados Unidos de Norteamérica representaba un desafío para las técnicas manuales que dicha faena implicaba. Ante ello, el ingeniero e inventor Herman Hollerith desarrolló un sistema de tarjetas perforadas que optimizó el proceso de manera sustancial. Para poder realizar dicho censo, el tiempo requerido desde una postura optimista, oscilaba entre dos años y casi una década de acuerdo con diversas fuentes (Forester, 1992). Hollerith y su sistema lo redujeron a alrededor de un año, aunque las fuentes al respecto no coinciden. Ahora bien, lo importante es mencionar que primero fue la Tabulating Machine Company en 1896, la cual se transformó en IBM en 1911. A IBM

le costó décadas lograr su poderío financiero, y la década de 1950 marcó su punto de inflexión. En la década de 1980, Apple golpeó el crecimiento de IBM en el nicho de las PC por su gran éxito en tan sólo un par de años.

Así, los números y sus dinámicas vertiginosas, tanto en el campo social y mercantil, como en el funcionamiento de estas tecnologías digitales, adquieren una fuerza apabullante que se enmaraña en procesos diversos, cada vez más sofisticados y, también, más automatizados. De las tarjetas perforadas a la computadora, las capacidades de estas máquinas no sólo se alimentan de más y más números, sino que devoran cantidades desorbitantes de datos. Su tendencia a la optimización no sólo afecta la manera en que trabajan y facilitan modos de producción, sino que cada vez más generan eventos de todo tipo en los que el ser humano se mecaniza al ritmo de las máquinas digitales. No sólo es una cuestión técnica de mejora constante, ahorro de recursos, eficiencia, eficacia y otras nomenclaturas empresariales que se usan para imponer este tipo de tecnologías, sino de las relaciones de poder que traen consigo.

En consonancia histórica, se puede afirmar que desde la década de 1950 se habla de la IA. El famoso Alan Turing es un personaje que destaca por su importante labor en el desarrollo de un concepto indispensable en este contexto: el algoritmo. En términos simples, un algoritmo consiste en un conjunto de reglas o instrucciones para realizar una tarea. Turing también es reconocido por haber desarrollado una máquina descifradora de códigos, la cual jugó un papel central para lograr la derrota de los nazis en la Segunda Guerra Mundial. Los nazis habían inventado el código *Enigma* para encriptar sus comunicaciones. Con la ayuda de Turing se fabricó *Colossus*, una máquina encargada de descifrar los códigos secretos generados por *Enigma*, la máquina de los nazis. En 1950, Turing publicó en la prestigiosa revista *Mind* un artículo seminal: “Computing Machinery and Intelligence”, en el que desarrolla ideas vitales para pensar lo que él entendía como la naturaleza del funcionamiento de la mente, sus relaciones con las cualidades del lenguaje, así como los procesos de automatización y retroalimentación implicados ahí. A su vez, el con-

cepto de *retroalimentación* (*feedback*) está profundamente vinculado con la cibernetica tal como la planteó uno de sus fundadores: Norber Wiener. Lo que ni Turing ni la teoría de la cibernetica incluían en sus elementos conceptuales es que la mente está asentada en entidades humanas que poseen cuerpos biológicos, historias de vida tanto afectiva como política y deseos: subjetividades. De hecho, algo del deseo de la subjetividad de Alan Turing, quien era homosexual, sumado a una época histórica en que se atacaba y denostaba salvajemente a las personas homosexuales, lo impulsó a la realización de un acto humano que, para las rígidas lógicas de un racionalismo ingenieril, no debería tener cabida en una mente con un dominio tan agudo de las matemáticas: Alan Turing se suicidó.

Ahora bien, quien sí pensaba en fenómenos como el deseo y el inconsciente en sus relaciones con el lenguaje, era el psicoanalista francés Jacques Lacan. Su famoso apotegma “el inconsciente está estructurado como un lenguaje” funciona también como un sintagma epistemológico digno de la entrecrucijada teórica que se produce entre psicoanálisis, lingüística y ciencias de la información, entre otras más, como lo aborda Fua (2023). Al tratar de hacer una descripción breve acerca de las implicaciones de los desarrollos teóricos de Lacan en sus vínculos con el funcionamiento de las IA, se puede afirmar que él puso en discusión campos disciplinarios tan dispares como el inconsciente y las matemáticas. Además de los tres registros que él construyó en términos teóricos –lo real, lo imaginario y lo simbólico–, dos conceptos clásicos anclados en la lingüística saussureana son significante y significado. En varios sentidos, mediante la anudación borromeica de estos tres registros se producen procesos de traducción y retraducción de elementos semánticos, sintácticos y pragmáticos, dicho en términos de una lectura lingüística. Sólo que la lectura lacaniana, al estar impregnada de las dinámicas del inconsciente freudiano, hiló estos elementos con aspectos relacionados con taxonomías clínicas y fenómenos psicopatológicos en primera instancia. De formación médica inicial, Lacan se interesó en particular en la entidad clínica denominada psicosis en la psiquiatría. Además, como se ha dicho, este tipo de procesos se generan en entidades hu-

manas, que poseen historias de vida, formas de vinculación afectiva singulares con sus progenitores y múltiples particularidades que hacen que una actividad como la clínica implique el abordaje caso por caso. Es decir, aquí la generalización no tiene cabida.

Las teorías psicoanalíticas permiten disponer de un marco común de acercamiento a estas singularidades propias de las entidades humanas: la subjetividad. Decir que “el inconsciente está estructurado como un lenguaje” implica muchos factores, con comportamientos dinámicos, es decir, cambiantes, propios de los organismos biológicos. De hecho, una de las metáforas que se usan dentro de la lingüística es que el lenguaje tiene un comportamiento semejante a un organismo vivo. Éste es uno de los puntos principales por los cuales no es tan adecuada la asimilación inmediatista que se desea realizar entre campos como la lingüística, las ciencias de la información y la psicología en general, sin considerar una serie de matices fundamentales que implican profundas diferencias. Forzar la idea de que una computadora funciona como el cerebro significa jalar demasiado de ciertos hilos. Plantear que una IA puede funcionar exactamente como una mente humana es caer en un exceso. Precisamente, las conceptualizaciones teóricas que caracterizan los procesos de subjetivación, subrayando el torrente de factores y fuerzas de diversa índole aquí implícitos (políticas, económicas, históricas, etcétera), hacen que un posicionamiento crítico sea una diferencia sustancial. De cualquier forma, lo que sí resulta interesante y enriquecedor es analizar una serie de semejanzas en estos fenómenos, para lograr una comprensión más integral de ellos.

Dentro de las prestaciones más atractivas que las IA contemporáneas ofrecen a sus usuarios está la de poder resolver decenas o cientos de tareas complejas en términos cognitivos mediante instrucciones textuales simples. A diferencia de las primeras computadoras, en las que era indispensable ejecutar una serie de comandos un tanto sofisticados para la realización de tareas elementales, estas máquinas digitales necesitan meras instrucciones en texto, expresadas en oraciones hasta cierto punto sencillas. Para dar una visión histórica de sus antecedentes, se puede pensar que uno de los logros destacables

de la Macintosh fue justamente el desarrollo de una interfaz amigable y sencilla para un usuario promedio. La introducción del ratón (*mouse*) y de las famosas ventanas (Windows) produjo que estas máquinas comenzaran a popularizarse al ser más sencillas de operar. Por razones de espacio, sólo se dejará asentado aquí que estas IA permiten que un usuario promedio, mediante una serie de oraciones elementales, que incluso pueden tener errores gramaticales y sintácticos en su emisión, logre la realización de tareas diversas, complejas y agotadoras tanto en una esfera cognitiva como física. Estas instrucciones textuales, denominadas *prompt*, son comprendidas en general bastante bien por estas máquinas digitales. Incluso en las primeras PC de IBM, antes de la existencia de la Macintosh y de una interfaz como Windows, era necesario dar instrucciones un tanto complicadas, comandos más semejantes a los lenguajes de programación que a una oración gramatical de uso común. Si se simplifican una serie de factores funcionales al respecto, se puede afirmar que estas IA generativas, como el ChatGPT, entienden bastante bien universos semánticos expresados tanto en textos como en imágenes, en el caso de Midjourney y otras. Algo claro es que la evolución de estas máquinas se ha desarrollado de maneras vertiginosas en las últimas décadas.

Ahora bien, cuando uno se detiene a pensar las implicaciones de todos estos hechos de los últimos años, emergen algunas ideas preocupantes. Retomando el concepto de facultades *aletheicas* que propone Sadin (2020) respecto de la tendencia a otorgarle a una tecnología como la IA la facultad de producir verdades en términos pragmáticos, ya comienzan a ocurrir situaciones que van en esa dirección. La periodista neoyorquina, Cathy O’Neil (2016), acuñó el concepto de *armas de destrucción matemática* en su libro homónimo. Ella ofrece múltiples ejemplos en los que los algoritmos han comenzado a tener efectos catastróficos para varios colectivos de personas: profesores conocidos y apreciados por la comunidad de una escuela que fueron despedidos al someterse a pruebas realizadas mediante IA que se presentan como especializadas para la mejora de los procesos educativos; *softwares* diseñados para medir tasas de crimen urbano y “adelantarse” a la ejecución de delitos por parte de personas en

donde se repite el patrón mayoritario de raza y clase para dictaminar y ejecutar en un sentido negativo; créditos de banco denegados a personas por entrar en matrices donde también se repite este patrón que afecta a personas de raza negra y clases bajas. Además de éstos, un largo etcétera de hechos que ya son una realidad en varios lugares del mundo, sobre todo, aunque no exclusivamente, anglosajón. La periodista misma comparte un proceso de transformación laboral propio que le permitió darse cuenta de esto “desde adentro”. Ella relata haber trabajado como profesora universitaria primero, siendo especialista en ciencias de datos. Al intentar desarrollar una carrera académica, describe un proceso mediante el cual dice que se cansó de percibir ingresos bajos. Posteriormente, recibió una oferta para trabajar en el campo bursátil y de seguros, la cual aceptó y en la que comenzó a ganar mucho más dinero de manera rápida. Se dedicó, de hecho, a diseñar *softwares* mediante el insumo de patrones estadísticos que resultaron muy rentables para la empresa en la que trabajaba. Dichos patrones estadísticos –relata ella–, en realidad son sumamente cuestionables tanto desde una perspectiva estrictamente científica, como desde una dimensión ética.

Las armas de destrucción matemática –dice O’Neil (2016)– son peculiares por una serie de propiedades que, por su propio diseño, ellas mismas engendran. En primer lugar, la opacidad que implican, en el sentido de que, al no entender su funcionamiento matemático, la mayoría de las personas se someten fácilmente ante sus dictados. En segundo lugar, cuando los diseños de algoritmos son exitosos, tienden a entrar en una cadena de acciones que los hacen escalables, extendiendo así sus ramas sobre más personas y procesos sociales diversos. Por último, estos algoritmos traen consigo daños para una gran cantidad de personas, que suelen pertenecer a grupos que se encuentran en situaciones sociales precarias: racismo, clasismo y sexismo matemáticamente legitimados. En síntesis, estas armas de destrucción matemática generan más daños que beneficios en términos comunitarios, porque además las empresas las venden como lo opuesto de lo que son. Al estar diseñadas por anotonomasia para ser escalables, impactan cada vez más a grandes grupos de personas,

beneficiando siempre a las empresas que los diseñan, que se rigen bajo criterios estrictos de costo-beneficio y generación de ingresos financieros. Finalmente, la opacidad del lenguaje especializado de las ciencias de datos en el sentido de su sofisticación matemática termina por silenciar a las poblaciones mismas a las que destruyen. Así, las armas de destrucción matemática delinean una figura tenebrosa: una espiral perfecta de adoctrinamiento ideológico, enmascaramiento “científico” y silenciamiento político.

El lado oscuro de la luna: psicoanálisis e inteligencia artificial

La ciencia es una de las formas de la verdad y no una religión que exija sumisión absoluta.
Freud

Lo real es aquello que resiste a toda simbolización.
Lacan

Desde su nacimiento hace más de cien años, el psicoanálisis ha sido furiosamente combatido tanto por sectores de la derecha como de la izquierda. La sexualidad siempre ha desatado todo tipo de reacciones encontradas, pues lo que se expresa públicamente suele estar en tensión con la vida íntima. La esfera de la vida sexual es extendible a otras facetas de la vida de las personas cuando se analiza este tipo de hechos. Thomas Jefferson –por poner un ejemplo distante y, en este sentido, “frío”– es un caso paradigmático relacionado con las profundas discordancias entre su ideología política y las prácticas de su vida privada. Gran defensor de las libertades individuales en determinadas manifestaciones de su vida pública, considerado uno de los padres fundadores de Estados Unidos de Norteamérica, de la misma forma en su vida privada gozó no sólo de los privilegios de ser un hombre blanco, sino que fue propietario de esclavos hasta el final de sus días. La relación sexoafectiva que estableció con su esclava negra Sally Hemings y los hijos no reconocidos que tuvo con ella han sido motivo de profundas polémicas (Peinado, 2019).

Otro ejemplo ilustrativo, pero más controvertido (“caliente”) para sectores radicalizados de la izquierda política, aunque no tanto para la izquierda cultural, es el de Marx. Su dependencia económica de Engels –quien a su vez se nutría financieramente de las fábricas de su propio padre, con un funcionamiento obviamente capitalista–, y sus relaciones con algunas mujeres son un caso interesante. De acuerdo con Liedman (2020), el autor de *El capital* no sólo tuvo un hijo con su empleada doméstica, Hellen Domuth, sino que dicho hijo fue endilgado a Engels para que cuidara de él. Engels se encargó de la manutención, aunque delegó el cuidado del bebé a otra familia.

Éste y otros ejemplos de personalidades históricas –como Freud, Foucault y Lacan– desatan polarizaciones enconadas debido a las peculiaridades de sus vidas íntimas. Al funcionar como pantallas especulares propicias para el reflejo de nuestro propio narcisismo, las vidas de personajes así de controvertidos suelen asemejarse a lo dicho sobre la recepción de tecnologías como la IA. En este último caso, entre otras cosas producen agentes ideológicos opuestos de formas radicales: los tecnófilos *vs.* los tecnofóbicos. Obnubilan así los matices que todo personaje histórico destacado posee en sus vidas íntimas y en sus configuraciones subjetivas. Son los productos de las deformaciones cognitivas propias del *vibrato* de la mente humana, dinamizada por las cambiantes y complejas emociones.

Otro punto interesante respecto del psicoanálisis es que, también desde una perspectiva histórica, ha tenido una recepción difícil. En sus inicios, en plena época victoriana, fue asociado con poderes demoniacos y malvados que debían quedar ocultos de la mirada pública. Considerado al principio un movimiento de vanguardia por sus ideas libertarias acerca de la sexualidad, la comprensión de procesos emocionales de la infancia y la modificación de políticas educativas y prácticas familiares, desconcertó profundamente a las poblaciones conservadoras. Un ejemplo de ello son las fuertes reacciones emocionales que producían las principales ideas freudianas –cuando no había redes sociales y emojis evidentemente–, las cuales pueden verse reflejadas en una película emblemática dentro del mundo psicoanalítico. La reconstrucción del enojo que causó Freud en la comunidad

médica de sus tiempos se puede apreciar en *Pasiones secretas* (Houston, 1962). En dicha película, se reconstruye el momento cuando Freud presenta los hallazgos de *Tres ensayos de teoría sexual* en 1905 ante un congreso de médicos en Viena, los cuales generaron un llamativo, visceral y agresivo rechazo. El guion original de la película fue escrito por el filósofo francés Jean Paul Sartre, y también fue rechazado por causas interesantes. Por un lado, la extensión del guion era excesiva de acuerdo con las expectativas del director estadounidense John Houston. Por otro, Sartre presentaba a un Freud poseedor de una personalidad aún más compleja de lo que la película refleja, lo cual no agradó al director de cine, quien estaba logrando una carrera encumbrada en términos comerciales. Si las ideas de Freud fueron rechazadas por la comunidad médica de sus tiempos, el guión de Sartre también lo fue por razones similares: una densidad no apta para los gustos mayoritarios.

En la actualidad, el psicoanálisis también es combatido con fervor, aunque por motivos diametralmente opuestos a los de hace un siglo. Para muchos sectores contemporáneos ultrarradicales en términos políticos –como lo que la derecha cultural ha posicionado como la agenda *woke* en Norteamérica (Neiman, 2024)–, el psicoanálisis sería un producto de hombres blancos, burgueses, sexistas y clasistas conservadores, al que hay que eliminar más que combatir. De acuerdo con este movimiento, el psicoanálisis debería ser aniquilado como un enemigo político en la búsqueda de igualdad y justicia de los sectores marginalizados, racializados y precarizados. Dentro del universo ideológico de esta lectura hiperpolitizada, el psicoanálisis, al enfocarse en el individuo y no en lo colectivo, y señalar ciertos aspectos de la sexualidad desde un enfoque teórico controvertido, posee elementos profundamente conservadores en su constitución.

De manera sugerente, estos rechazos hoy en día conviven también con los que provienen de la derecha cultural y política, cuyo ejemplo más notorio es el movimiento de la “derecha alternativa”, conocido en inglés como *Alt Right*, particularmente en Estados Unidos (Wendling, 2023). El uso de las tecnologías digitales es uno de los ejes fundamentales en las batallas culturales de esta derecha ac-

tual. La polarización de las ideologías políticas contemporáneas es uno de los desenlaces de lo que Neiman (2024) disecciona también respecto de las derivas de las políticas de la identidad. Al radicalizar aspectos ideológicos que hace años ya eran señalados como propios de una ideología ultraindividualista, este tipo de fenómenos han traído consigo hoy en día, de manera paradójica, el ascenso de formas de gobierno populistas radicales.

La élite tecnoliberal de Silicon Valley, California, comparte algunas ideas en esta constelación ideológica, sobre todo mediante la creación de un discurso hiperlibertario que desafía al Estado y a la democracia estadounidenses en aras de más libertades de empresa. Dicha ideología política ha sido denominada y analizada como la emergencia de un nuevo fenómeno cultural: un orden social tecnoliberal (Sadin, 2018). Las emociones juegan un papel central en este tipo de fenómenos actuales que, de hecho, tienen expresiones similares alrededor del mundo; por ejemplo, en su último libro, Eva Illouz (2023) examina el caso de Israel. Las emociones, materia de una plasticidad peligrosa en términos de ideología política, son una de las entidades más importantes a la hora de analizar estas problemáticas contemporáneas, en donde el uso de las IA será cada vez más importante.

Ahora bien, en contraste con el psicoanálisis, las matemáticas casi siempre son aceptadas debido a la opacidad –mencionaba más arriba– de su oscuro funcionamiento. Aunado a esto, al asociarlas con el mundo de “lo científico”, prácticamente cualquier fenómeno abordado mediante herramientas matemáticas es aceptado sin mucha discusión. La racionalidad propia de las argumentaciones de carácter científico, al cobijo de lenguajes matemáticos, encubre procesos sociales, políticos y económicos que pueden traer consigo aspectos como desigualdad, pobreza e injusticia. Los casos que relata Cathy O’Neil (2016) en su libro *Armas de destrucción matemática* son ilustrativos en el contexto específico de la relación estrecha de las matemáticas con las tecnologías digitales.

Sintetizando una serie de cuestiones complejas que no pueden abordarse aquí por razones de espacio, puede afirmarse que las pasiones profundas que desata el psicoanálisis, al incluir por antonomasia

las singularidades propias de la vida íntima de cada sujeto como son las emociones y la sexualidad, con todas las complejidades y contradicciones que caracterizan a la vida de cualquier ser humano, interpelan precisamente a aspectos profundos y ocultos, es decir, de carácter inconsciente, de las mismas personas. Todo esto genera este tipo de reacciones emocionales intensas.

Procesos psicodinámicos tan comunes como la negación habitan la vida cotidiana de cualquier persona. ¿Quién no ha visto a alguien enojado negar su propio enojo mediante gritos y golpes en la mesa, en uno de esos actos tan “contradicitorios” que caracterizan a la vida cotidiana? Aún más controvertidos son conceptos de mayor densidad teórica dentro del psicoanálisis, como la pulsión de muerte o la compulsión a la repetición, que suelen generar rechazo y negación entre quienes desconocen el contexto clínico en que fueron elaborados. Estas conceptualizaciones psicoanalíticas se vinculan profundamente con relaciones de poder interminables, expresiones socioculturales de violencia y experiencias históricas relacionadas con la idea nietzscheana del eterno retorno. También encuentran resonancias en historias de vida en donde fenómenos de agresión irrefrenables hacen acto de presencia. Si en una esfera de análisis, macrofenómenos como la guerra y los genocidios son una cara de esta moneda, en el psicoanálisis clínico existen tipologías de trastornos graves en donde existe una especie de atracción irresistible y una compulsión a la repetición de actos de violencia extrema.

Los objetos brillantes, lo mismo que las personas, también poseen su lado oscuro. Como la luna, cuyo brillo seduce por la belleza que implica el observarla en una noche oscura, este tipo de tecnologías digitales, fetichizadas hoy tanto por las empresas que las diseñan como por muchos consumidores o usuarios, empiezan a desencadenar todo tipo de procesos sociales que son dignos de atención. Más allá de múltiples anécdotas como la de Bing, que mostró una “personalidad adolescente” o Bard, que aprendió bengalí sin haber sido programada para ello, lo real es que, en aspectos semejantes a los señalados por Cathy O’Neill (2016) hace casi diez años respecto de los algoritmos, las IA empiezan a afectar de maneras profundas y

negativas ámbitos como la precariedad laboral, el racismo, el sexismo y otras problemáticas más. Si bien es poco probable que las IA muestren una cara oscura en el sentido de tomar el poder político en el mundo y esclavizar al género humano, sí es posible que desaten todo tipo de problemas, actualmente inimaginables, en las dimensiones de la vida social en las que ya están teniendo un impacto significativo: injusticias políticas, desigualdades económicas, legitimación “científica” de relaciones de poder y otras áreas afines.

La extraordinaria capacidad de los seres humanos para innovar en fraudes, trampas y versiones “fake” de la realidad ha sido destacable a lo largo de su historia. Sin una teorización que permita la posibilidad de comprender las extraordinarias potencialidades de destructividad y de autodestructividad del ser humano, como la brinda el psicoanálisis, será fácil caer en ilusiones hiperracionalistas que ya habitan en gran medida los discursos de empresarios y políticos entusiastas quienes, ya sea por intereses propios o por esa ingenuidad cognitiva algunas veces tan característica de las personalidades obsesivas, se empeñan en negar las múltiples facetas destructivas relacionadas con la extensión del uso de estas tecnologías a todas las dimensiones de la experiencia humana.

Referencias

- netario-de-elon-musk-el-magnate-asegura-ser-deotroplaneta/] (consultado en noviembre de 2024).
- Fisher, Mark (2016), *Realismo capitalista*, Caja Negra, Argentina.
- Forbes (2024), “La IA superará al humano más inteligente a más tardar en 2026: Musk”, *Revista Forbes*, 8 de abril, [<https://forbes.com.mx/la-ia-superara-al-humano-mas-inteligente-a-mas-tardar-en-2026-musk/>] (consultado en noviembre de 2024).
- Forester, Tom (1992), *Sociedad de alta tecnología. La historia de la revolución de la tecnología de la información*, Siglo xxi, México.
- Freud, Sigmund (1997 [1927]), “El porvenir de una ilusión”, en *Obras Completas, Tomo XXI* (pp. 3-56), Amorrortu, Argentina.
- Freud, Sigmund (1997), “Sobre el psicoanálisis silvestre”, en *Obras Completas, Tomo XI* (pp. 217-228), Amorrortu, Argentina.
- Fua, Violaine (2023), *Una mente? artificial. Explorando la intersección entre la inteligencia artificial y el psicoanálisis*, Coppell, Estados Unidos.
- García, Esteban (2023), “La IA vuelve a vencer a lo grande a la inteligencia humana: piensa más y mejor que un Ser Humano”, *La Vanguardia*, [<https://www.lavanguardia.com/andro4all/tecnologia/la-ia-vuelve-a-vencer-a-lo-grande-a-la-inteligencia-humana-piensa-mas-y-mejor-que-un-ser-humano>] (consultado en noviembre de 2024).
- García Canclini, Néstor (2012), *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*, Grijalbo, México.
- Harvey, David (2008), *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*, Paidós, España.
- Illán, Pablo (2024), “La IA ya es mejor que los humanos en prácticamente todo. Es solo el principio.”, *La Vanguardia*, [<https://www.lavanguardia.com/andro4all/tecnologia/la-ia-ya-es-mejor-que-los-humanos-en-practicamente-todo-es-solo-el-principio>] (consultado en noviembre de 2024).
- Illouz, Eva (2023), *La vida emocional del populismo. Cómo el miedo, el asco, el resentimiento y el amor socavan la democracia*, Akal, Argentina.

- Kurzweill, Ray (2021), *La singularidad está cerca. Cuando los humanos trascendamos la biología*, Lola Books, España.
- Lacan, Jacques (1981), *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. El Seminario XI*, Paidós, Argentina.
- Liedman, Sven-Eric (2020), *Karl Marx. Una biografía*, Akal, Argentina.
- Lyotard, Francois (1987), *La condición posmoderna: informe sobre el saber*, Cátedra, España.
- Makari, George (2012), *Revolución en mente. La creación del psicoanálisis*, Sexto Piso, España.
- Martell, Fréderic (2011), *Cultura mainstream. Cómo nacen los fenómenos de masas*, Taurus, España.
- Mumford, Lewis (1992), *Técnica y civilización*, Alianza, España.
- Neiman, Susan (2024), *Izquierda no es woke*, Debate, España.
- O'Connell, Mark (2019), *Cómo ser una máquina*, Capitán Swing, España.
- O'Neil, Catherine (2016), *Armas de destrucción matemática*, Debate, España.
- Peinado, Manuel (2019), “El cromosoma que reveló los hijos secretos de Thomas Jefferson”, *BBC News Mundo*, 13 de abril, [<https://www.bbc.com/mundo/noticias-47859720>] (consultado en noviembre de 2024).
- Penrose, Rose (1996), *La nueva mente del emperador. En torno a la cibernetica, la mente y las leyes de la física*, Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología/Fondo de Cultura Económica, México.
- Sadin, Éric (2018), *La siliconización del mundo. La irresistible expansión del liberalismo digital*, Caja Negra, Argentina.
- Sadin, Éric (2020), *La inteligencia artificial o el desafío del siglo. Anatomía de un antihumanismo radical*, Caja Negra, Argentina.
- Srnicek, Nick (2018), *Capitalismo de plataformas*, Caja Negra, Argentina.
- Turing, Alan (1950), “Computing Machinery and Intelligence”, *Mind*, vol. LIX, núm. 236, pp. 433-460, [<https://academic.oup.com/mind/article/LIX/236/433/986238>] (consultado en noviembre de 2024).

Wendling, Mike (2023), *Alt Right: La derecha alternativa. De 4chan a la Casa Blanca*, Machado Libros, España.

Zuboff, Shoshana (2020), *La era del capitalismo de la vigilancia. La lucha por un futuro humano frente a las nuevas fronteras del poder*, Paidós, España.

Filmografía

Pasiones secretas, (dir. John Houston, 1962).

Fecha de recepción: 15/11/24

Fecha de aceptación: 18/02/25

doi: 10.24275/tramas/uamx/202563141-170